

nes de que hubo de valerse. Se construyó el paso, según parece; pero poco debió durar, por cuanto el Obispo siguiente, D. Jaime de Aragón, pide permiso para reconstruirlo, permaneciendo sólo hasta 1427, en que fué nuevamente derribado al echar abajo el viejo campanario de la Catedral con otras construcciones sobre todo lo cual apoyaba.

El afán constructivo del Obispo Vidal, reflejado en la vieja aula capitular (capilla del Santo Cáliz), le hizo también impulsar las obras del Palacio, comprando al caballero Ramón de Vilanova las casas que lindaban con aquél y llegaban a la Iglesia de Santo Tomás, y hasta un callizo, destinándolas, según se dice, para formar el jardín.

EL PALAU, ALOJAMIENTO REAL.—Casa aparente debió de ser ya por esta época el Palau, pues al volver a Valencia el Rey Pedro IV, en 1364, después de la guerra con Castilla —que fué causa de la devastación de su Palacio del Real—, a él vino a buscar aposento, y en su recinto reunió Cortes, agrupadas ya en los tres brazos, eclesiástico, militar y el de las ciudades y villas reales, que persistieron hasta la supresión de los fueros.

EL PALACIO ARZOBISPAL

LOS PRELADOS, AUSENTES.—Siguen luego los años en que la Iglesia valenciana ve subir a los altares hijos suyos, ceñir la tiara pontificia a dós de sus Prelados y elevar su Sede a metropolitana (1492), con Cartagena y Mallorca por sufragáneas. Años en que consigue privilegios y protecciones; pero los ve pasar sin que su Pastor resida en la ciudad, y, por tanto, es lógico pensar que pocas obras y sin importancia se hicieran por todo este tiempo en el Palau del senyor Bisbe, donde vive y muere de fiebres (1525) lo Ill.^o Marqués de Brandeburgo marit de la Sra. Reyna D.^a Germana.

LOS GRANDES ARZOBISPOS.—Fué el santo agustino Fray Tomás de Villanueva, que viene a Valencia en 1544, para ser amparo de sus pobres y cuidar de cuanto a la diócesis afecta, quien mejoró el Palacio en todo lo preciso, construyó para su librería una torre o chapitel sobre la puerta de entrada y un largo banco que iba desde la puerta principal hasta la esquina que confronta con la plaza de la Almoyna, donde pudieran reposar los pobres que diariamente a Palacio acudían, banco que subsistió hasta el año 1781.

Vienen luego los años del Patriarca Ribera (1569-1611), que, con su talento organizador, su esplendor y magnificencia, demostradas a mayor honra y gloria de Dios en su Real Colegio de Corpus Christi —con el re-

cuerto, acaso, de las grandes mansiones señoriales de su niñez—, completó y alhajó la casa debidamente, para recibir, con la dignidad y señorío que por derecho le correspondía, a visitas tan altas como aquella que le hizo el Rey Felipe II, con el Príncipe y la Infanta Isabel Clara Eugenia, el día de la Candelaria de 1586. Asistieron las reales personas al Oficio de la Catedral, y, terminado éste, con sus damas, grandes y caballeros pujaren per la escala que está en lo fosaret y pasaren per lo pont que travesa lo carrer, y después de comer volvieron por el mismo camino a la Catedral para ver las reliquias y obras de arte, asistiendo al rezo de vísperas. Agradó mucho al Rey, que andaba con sus requisas para el Monasterio de El Escorial, una Cena que estaba en lo Capitol, la pidió, y habiéndosela cedido, ofreció, en correspondencia, mandar una copia para el mismo sitio.

TESTIMONIOS DE CÓMO ERA EL PALACIO.—Debemos una descripción de cómo era entonces el Palacio a Martínez de la Vega, en su crónica de las fiestas que se cele-

La torre y el Miguelete con cúpulas de la Catedral.

